



Carta del Ministro general a las Hermanas de la Orden de la Santísima Concepción en la Solemnidad de Santa Beatriz da Silva

Asís a 2 de agosto de 2023,
Santa María de los Ángeles

Queridas Hermanas Concepcionistas,
¡Que el Señor os dé la paz!

Me dirijo de nuevo a vosotras con motivo de la solemne memoria de nuestra Santa Madre Beatriz da Silva.

Este año iniciamos el Centenario Franciscano, celebrado en diferentes centenarios hasta el 2026, que pretenden recorrer con gratitud los últimos años de la vida del Poverello.

Durante el 2023 conmemoramos la Regla bula-
da y la Navidad en Greccio, a partir de aquí me
gustaría intentar ofreceros algunas líneas de
inspiración para vuestra forma de vida.

El camino que llevó a San Francisco para
poder escribir una Regla a sus hermanos no
fue fácil. Su preocupación desde el principio fue
conservar y promover la novedad de la forma
de vida evangélica que en el Testamento recuer-
da haber recibido del Señor, gracias al don de los
hermanos:

«Y después que el Señor me dio hermanos, nadie
me mostraba qué debía hacer, sino que el mismo Altí-
simo me reveló que debía vivir según la forma del santo
Evangelio» (*Test 14*).

La intuición carismática se manifiesta aquí con toda su fuerza y Francisco se aferró a ella hasta el final, aun a costa de un camino muy turbulento, que le ha situado en tensión con sus hermanos y con la propia Iglesia. No es un proyecto individual lo que se sostiene, sino un don del Espíritu, y es esto lo que permite vivir la regla en su totalidad, incluso cuando parece imposible por ser demasiado exigente. Francisco conoció y sufrió esta tensión, mantuvo vivo el fuego del Evangelio, que es nuestra misma razón de ser.

Si observamos el camino recorrido por Santa Beatriz, vemos cómo no fue fácil llegar a un código escrito. La Madre murió sin ver fundado su carisma en su propia Regla. Sabe que tiene un linaje y lo acepta en la fe de que todo vuelve al Señor, sin apropiárselo. Se necesitarían décadas para llegar al texto definitivo de la Regla y ya conocéis los pasos de esta historia. Las hermanas quisieron que su propia Regla expresara la originalidad de su forma de vida, creyendo que no era un modelo claustral y contemplativo cualquiera, sino un don marcado por el seguimiento de Cristo Esposo en la luz de María Inmaculada. El carisma de Santa Beatriz maduró en la vida de las hermanas y se convirtió, gracias a la Regla, en su carisma, hoy el vuestro. Por lo tanto, la Regla no se reduce a una serie de preceptos y costumbres, sino que nos recuerda vivamente la fuerza del carisma, que vive en el Espíritu y nos abre de nuevo el camino para vivirlo hoy. Podemos hablar de una Regla “en camino”, porque el movimiento inaugurado por nuestras Reglas continúa hoy con nosotros. Os deseo que viváis el Centenario de la Regla bulada de San Francisco, haciendo memoria viva también de vuestro particular don carismático, para el bien de la Iglesia, peregrina en el mundo de este tiempo.

En Greccio Francisco quiere considerar la concreción de la Encarnación, es decir, la sencillez, la pobreza y la humildad del Hijo de Dios «quien se nos dio a sí mismo con sumo e inefable amor» (1Cel 87). Francisco reconoce entonces en la Eucaristía el hoy del amor divino, que se ofrece a nosotros: «Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real vino al seno de la Virgen; diariamente

él mismo viene a nosotros en humilde apariencia; diariamente desciende desde el seno del Padre al altar» (Admonición I, 16-18).

Recordar el Centenario del Nacimiento en Greccio nos invita a considerar que Cristo Jesús, con su Encarnación, se hizo cercano a la humanidad y nos llama a hacer lo mismo, es decir, acérmanos a nues-



tros hermanos para acogerlos, para tocarlos con misericordia, como nos recuerda el Magisterio de la Iglesia: «San Francisco realizó una gran obra de evangelización con la simplicidad de aquel signo [...] De modo particular, el pesebre es desde su origen franciscano una invitación a “sentir”, a “tocar”



la pobreza que el Hijo de Dios eligió para sí mismo en su encarnación. Y así, es implícitamente una llamada a seguirlo en el camino de la humildad, de la pobreza, del despojo, que desde la gruta de Belén conduce hasta la Cruz. Es una llamada a encontrarlo y servirlo con misericordia en los hermanos y hermanas más necesitados» (*Admirable signum* 3).

En la gruta del pesebre en Greccio, hay un fresco que nos recuerda esta concreción de la Encarnación: es la Virgen María amamantando al Niño, sobre el pesebre en forma de sepulcro, típico en la iconografía. La Encarnación recuerda la Pascua, el que nace por nosotros es nuestro Salvador. La imagen de la Madre en la escena de Navidad y sobre la mesa donde se celebra la Eucaristía representa plásticamente la presencia de la Virgen en la vida cristiana. La fe de María acogió al Señor Jesús, primero en su vida y después en su carne. Es una fe tejida de escucha atenta y constante, capaz de “mantener unidas” la palabra de Dios y la vida de los hombres, sus historias, alegrías y sufrimientos. Es una fe que se preocupa por el Niño y, por tanto, es capaz de salir al encuentro del otro y servirle, como con Isabel y en Caná. Es una fe que permanece junto al Señor y sus amigos hasta el final. María, como dicen los Padres de la Iglesia, es grande sobre todo por su fe ante la maternidad divina, y nos recuerda así la medida ordinaria de la vida cristiana, que es precisamente la fe.

En vuestra vida religiosa, hermanas Concepcionistas, habéis elegido seguir a Cristo Esposo con los sentimientos de María, ante todo el de la fe. No busquéis sólo reproducir estas actitudes marianas, sino aprended a encontrar la presencia de María íntima a vuestra vida de fe y de seguimiento, de tal manera que marque profundamente vuestra total consagración a Dios. Llevad la forma de María dentro de vosotras, no como algo ajeno o añadido, sino como una realidad íntimamente entrelazada con vuestra respuesta diaria a la vocación bautismal. Acoged en vuestra oración la actitud mariana de escucha, para profundizarla en la comunión fraterna

y expresarla en la caridad que os lleva a interceder por el mundo, para que la fuerza del Evangelio lo acoja y lo transforme.

La Navidad en Greccio tiene también mucho que decirnos a vosotras, queridas hermanas, para que acojáis de nuevo y respondáis con alegría al don de vuestra vocación en la Iglesia en este tiempo particular.

Que la bendición de san Francisco os sostenga en este camino, en el que no estáis solas, pues nosotros, sus hermanos, nos sentimos sostenidos por vuestra vida de penitencia y oración y tratamos de acompañarlas. Doy las gracias a los hermanos que lo hacen y a vosotras por seguir respondiendo al don inestimable de la vocación que habéis recibido.

Os saludo sinceramente como hermano y os tengo presente en mis oraciones, al tiempo que pido la caridad de vuestra oración para mi servicio y para la Orden.



Fr. Massimo Fusarelli, ofm

Fr. Massimo Fusarelli, ofm
Ministro general

Prot. 112428/MG-53